

ARTHUR MILLER

PANORAMA
DESDE EL PUENTE

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE EDUARDO MENDOZA



Drama en dos actos

Prólogo

Arthur Miller nació en Nueva York (en Harlem, aunque al cabo de unos años la familia se trasladaría a Brooklyn) el 17 de octubre de 1915; tenía, por lo tanto, cuarenta años cuando estrenó en 1955 *Panorama desde el puente*. Para entonces era ya, por varias razones, una figura pública: algunas de sus obras anteriores habían cosechado éxitos rotundos y muchos lo consideraban el dramaturgo con más talento de Estados Unidos. El año anterior había comparecido ante el Comité de Actividades Antiamericanas, y estaba a punto de contraer matrimonio, tras una larga relación clandestina, con Marilyn Monroe. Pero ni el éxito profesional ni los avatares de su vida pública y privada habían modificado su forma concienzuda y parsimoniosa de trabajar. Según cuenta el propio Arthur Miller en sus memorias¹, *Panorama desde el puente* tuvo una larga y compleja gestación. El conocimiento directo del submundo portuario, y también de los inmigrantes ilegales, un submundo dentro de otro submundo, más una visita larga y provechosa a Italia, dieron por fruto esta obra, densa en su trama y en su intención.

Esta lenta maduración no fue inútil. Medio siglo más tarde la obra conserva toda su vigencia, y con algún valor añadido. *Panorama desde el puente* describe la situación de los inmigrantes ilegales, obligados a asumir la marginalidad, a integrarse de hecho y de derecho en el círculo de la delincuencia, sin otra causa que el deseo de ganarse la vida con un trabajo honrado; también analiza la forma en que esta involuntaria posición de ciudadanos de segunda categoría, cuando no de simples parias, condiciona su conducta, sus relaciones familiares, sus afectos y su sentido ético. No es preciso decir que en el transcurso de los años, estas circunstancias no han hecho más que agravarse y alcanzar dimensiones globales. Sí vale la pena en cambio señalar que en la obra de Arthur Miller los inmigrantes no proceden del Tercer Mundo, sino de un país rico, como Italia, que hoy ha de poner barreras al flujo migratorio, pero que en aquellos tiempos, no tan lejanos, lidiaba con la pobreza, la enfermedad y el hambre. La prosperidad de los países también participa en la rueda de la fortuna.

Pero la singularidad de la obra, al menos en mi opinión, no radica en esta descripción perspicaz y compasiva, o no solo en este factor. En definitiva, el que la crítica de antaño sea aplicable a los males de hoy no es un mérito de la crítica, sino de la persistencia de estos males.

En 1950, el senador republicano Joseph McCarthy pronunció un discurso sobre la infiltración de agentes soviéticos o procomunistas en la administración, el ejército y la intelectualidad de Estados Unidos, que causó una profunda impresión en la opinión pública del país, propenso

¹ *Vueltas al tiempo*, Tusquets Editores, Barcelona, col. Andanzas 78, 1999 y col. Fábula 313, 2010. (N. del E.)

a la paranoia en los inicios de la guerra fría. Algo de cierto había en sus alegaciones (poco antes el matrimonio Rosenberg había obtenido información secreta que permitió a la Unión Soviética desarrollar su arsenal nuclear), pero la vehemente demagogia de McCarthy tuvo una repercusión desmedida y acabó desencadenando un auténtico proceso colectivo que ha pasado a la historia con el nombre de "caza de brujas". Muchos de los llamados a declarar y a delatar opusieron una actitud firme y arrostraron las consecuencias; otros claudicaron. Arthur Miller se contaba entre los primeros; entre los segundos, el director de teatro y cine Elia Kazan, amigo personal de Arthur Miller, de quien precisamente había dirigido *La muerte de un viajante*. Sin duda por todas estas causas, y sin perder totalmente su intención original, *Panorama desde el puente* derivó del drama neorrealista a un estudio sobre la delación. Un año antes, en 1954, Elia Kazan había incidido en el mismo tema, aunque en forma muy distinta. El argumento de la película *On the Waterfront* (en español, *La ley del silencio*) era un alegato en favor de la delación o, en términos menos ásperos, de la denuncia, aun cuando eso supusiera enfrentarse a la colectividad (laboral, étnica, ideológica) a la que pertenece el delator. El que este personaje lo encarnara en la pantalla Marlon Brando era una baza adicional para obtener el favor del público. Eddie Carbone, el protagonista de *Panorama desde el puente*, también es un delator. Arthur Miller no lo justifica, pero tampoco lo condena. Simplemente, trata de ahondar en sus motivos y en sus reacciones. No es un joven atractivo, sino un hombre maduro, tosco, que se expresa con torpeza y actúa con brutalidad. Es, sin embargo, un hombre bueno y bienintencionado, un héroe de tragedia antigua. En un mundo donde predomina la mediocridad, su maldad tiene algo de épico, una fatalidad que conmueve al testigo impotente de las fuerzas ciegas que guían el destino de los elegidos para el bien o para el mal. Unos años antes, en los mismos escenarios donde se representaba *Panorama desde el puente*, el protagonista de *Muerte de un viajante*² había proclamado: "¡No podemos conformarnos con la mitad!" Ahora, en *Panorama desde el puente*, el abogado Alfieri, en funciones de coro unipersonal, abría y cerraba la obra admitiendo, no sin cierta pesadumbre: "Ahora nos conformamos con la mitad."

Por estas razones, y aunque contiene todos los elementos para hacerla apasionante, *Panorama desde el puente* no es una obra cómoda, en la medida en que enfrenta al espectador (o al lector) a un constante dilema: enjuiciar una conducta que sabe censurable, pero que difícilmente puede condenar sin reservas. Su estreno no fue recibido con el entusiasmo que había rodeado las obras anteriores de Arthur Miller. Cincuenta años más tarde, esta incomodidad perdura como el día en que por primera vez se impuso al público de Nueva York.

En 1955 el clima moral fue riguroso. Durante aquel año murieron Albert Einstein, Thomas Mann y don José Ortega y Gasset, tres individuos que habían sacudido la conciencia del mundo. También murió James Dean, el melancólico ídolo de una adolescencia que no se veía con fuerzas para sobrellevar un mundo demasiado complejo y contradictorio. La distancia temporal los confunde contra el cielo gris de los muelles de Brooklyn, donde Eddie Carbone trata de luchar contra una maldición que ni siquiera percibe. En mi opinión, *Panorama desde el puente* no solo sigue vigente porque nos habla de la realidad de hoy, sino sobre todo porque nos habla de una realidad de ayer cuya fuerza todavía hoy nos sobrecoge.

De la traducción propiamente dicha, poco puedo decir, Responde a un encargo del director teatral Miguel Narros, que deseaba ponerla en escena. La hice, pues, pensando en que los

² Publicado por Tusquets Editores, Barcelona, col. Marginales 188, 2002 y col. Fábula 248, 2006. (N. del E.)

diálogos habían de ser dichos, no leídos. A veces este requisito puede condicionar la versión. No es este el caso. La obra original está escrita en un estilo directo y llano, sin localismos, barbarismos, germanías ni otras formas de argot. La versión que aquí se ofrece es, pues, la misma que Miguel Narros y su elenco estrenaron hace dos años.

Eduardo Mendoza, 2002

Personajes

Louis

Mike

Alfieri

Eddie

Catherine

Beatrice

Marco

Tony

Rodolpho

Primer inspector de Inmigración

Segundo inspector de Inmigración

El señor Lipari

La señora Lipari

Dos inmigrantes ilegales

Vecinos

Primer acto

La calle y la fachada de una casa pobre. El frente es totalmente escueto, apenas un bosquejo. La zona principal, donde se desarrolla la acción, es el comedor y sala de estar del apartamento de Eddie. Es una vivienda obrera, limpia, sobria, acogedora. Al fondo hay una mecedora; en el centro, una mesa de comedor redonda con sillas; y un fonógrafo portátil.

En la parte de atrás está la puerta del dormitorio y una abertura a la cocina; no se ve ninguna de estas habitaciones interiores.

A la derecha, en primer término, un escritorio. Es el bufete del señor Alfieri.

También hay una cabina de teléfono. Como no se utilizará hasta las últimas escenas, puede estar oculta o a la vista.

Una escalera conduce al apartamento, y luego sigue hasta el piso de arriba, que no se ve.

Unas rampas que representan la calle cruzan el escenario de derecha a izquierda.

Al levantarse el telón, Louis y Mike, dos estibadores, juegan a tirar monedas contra la pared del edificio de la izquierda.

A lo lejos se oye una sirena.

(Entra Alfieri, un abogado de unos cincuenta años, medio canoso; corpulento, jovial, reflexivo. Cuando pasa, los dos jugadores le saludan con la cabeza. Cruza el escenario hasta su escritorio, se quita el sombrero, se pasa los dedos por el pelo y, sonriendo, se dirige al público.)

ALFIERI: Ustedes no lo saben, pero acaba de pasar una cosa divertida. ¿Han visto con qué recelo me han saludado? Es porque soy abogado. En este vecindario, encontrarse por la calle con un abogado o con un cura trae mala suerte. Nos relacionan con desastres y prefieren guardar distancias. A veces pienso que detrás de este saludo tan conciso hay tres mil años de desconfianza. Un abogado representa la ley, y en Sicilia, de donde vinieron sus padres, la ley no representa nada bueno desde que los griegos se fueron de allá. Tiendo a ver la ruina que ocultan las cosas, quizá porque nací en Italia... Cuando vine a este país tenía veinticinco años. En aquella época Al Capone, el más grande de los cartagineses, estaba aprendiendo su oficio en estas mismas calles, y a Frankie Yale lo partió por la mitad una metralleta en la esquina de Union Square, a dos manzanas de aquí. Oh, sí, aquí muchos recibieron una muerte justa de manos de hombres injustos. Aquí la justicia es una cosa muy importante. Pero esto es Red Hook, no Sicilia. Una barriada frente a la bahía, en el lado del puente de Brooklyn que mira al mar. El gazañate de Nueva York, que se traga el tonelaje del mundo entero. Y nosotros somos gente civilizada, americanos de los pies a la cabeza. Ahora nos conformamos con la mitad. Yo creo que así es mejor. Ahora ya no guardo una pistola en el archivador. Y mi trabajo no tiene nada de romántico. Mi mujer me lo ha advertido, y mis amigos también: dicen que la gente de este barrio no es elegante, que no tiene *glamour*. Al fin y al cabo, ¿con qué gente he tratado yo toda mi vida? Estibadores y mujeres de estibadores, y padres y abuelos, indemnizaciones, desahucios, riñas familiares – los pequeños problemas de los pobres – y aun así... cada tantos años aún se presenta un caso, y cuando las partes me cuentan su problema, el aire quieto de mi oficina se llena de repente del olor verde del mar, una brisa limpia el polvo y uno piensa que en el reinado de algún Cesar, quizás en Calabria o en los acantilados de Siracusa, otro

abogado, vestido de otro modo, oyó la misma demanda, y se quedó sentado, sin poder hacer nada, como yo, viéndola seguir su infortunado curso. *(Entra Eddie y se pone a jugar con los dos hombres, la luz lo individualiza. Tiene unos cuarenta años, es un estibador fornido, algo grueso.)* Su nombre es Eddie Carbone, un estibador que trabaja en los muelles que van del Puente hasta el rompeolas, donde empieza el mar abierto.

(Alfieri desaparece en la oscuridad.)

EDDIE *(avanzado unos pasos hacia la entrada de la casa)*: Bueno, hasta la vista.

(Catherine entra desde la cocina, cruza la pieza hasta la ventana, mira hacia fuera.)

LOUIS: ¿Trabajas mañana?

EDDIE: Sí, aún queda un día en el barco. Hasta luego, Louis.

(Eddie entra en la casa y sube la luz en el apartamento. Catherine saluda a Louis por la ventana y se vuelve hacia Eddie.)

CATHERINE: ¡Hey, Eddie!

(Este recibimiento complace a Eddie y al mismo tiempo le trastorna; cuelga la gorra y la chaqueta.)

EDDIE: ¿Adónde vas vestida de esta manera?

CATHERINE *(pasándose las manos por la falda)*: Lo acabo de comprar. ¿Te gusta?

EDDIE: Sí, es bonito. ¿Y qué te has hecho en el pelo?

CATHERINE: ¿Te gusta? He cambiado de peinado. *(Gritando hacia la cocina)*: ¡Bea, ya está aquí!

EDDIE: Preciosa. Date la vuelta, deja que te vea por detrás. *(Ella se da la vuelta para que él la vea.)* ¡Ay, si tu madre viviera para verte así! No se lo creería.

CATHERINE: Te gusta, ¿eh?

EDDIE: Pareces una de esas chicas que han ido a la universidad. ¿Adónde vas?

CATHERINE *(cogiéndole del brazo)*: Espera a que venga Bea y te diré una cosa. Ven, siéntate. *(Lo lleva a la butaca. Gritando hacia fuera.)* ¡Venga, date prisa, Bea!

EDDIE *(sentándose)*: Pero bueno, ¿qué pasa aquí?

CATHERINE: Te traigo una cerveza, ¿vale?

EDDIE: Venga, dime qué ha pasado. Ven aquí y cuéntamelo.

CATHERINE: Quiero esperar a que venga Bea. *(Se pone en cuclillas a su lado.)* Adivina cuánto he pagado por la falda.

EDDIE: La encuentro un poco corta, ¿no?

CATHERINE *(levantándose)*: ¡No! Si estoy de pie, no.

EDDIE: Sí, pero en algún momento te habrás de sentar.

CATHERINE: Eddie, es como se llevan ahora. (*Camina para que él la vea.*) Quiero decir, si me vieras venir andando por la calle...

EDDIE: Oye, cuando te veo andando por la calle se me ponen los pelos de punta, te lo digo en serio.

CATHERINE: ¿Por qué?

EDDIE: Catherine, no quiero ser un pelma, pero de verdad te lo digo, que te meneas al andar.

CATHERINE: ¿Qué yo me meneo?

EDDIE: Sí, y no me llesves la contra, Katie, ¡te meneas! Y no me gusta cómo te miran en el bar. Y luego con esos tacones por la acera, clac, clac, clac. Todos se dan la vuelta como si fueran molinos.

CATHERINE: Bah, los chicos miran a todas las chicas, tú ya lo sabes.

EDDIE: Tú no eres "todas las chicas".

CATHERINE (*a punto de llorar porque él la censura*): ¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que...?

EDDIE: Va, niña, va, no te pongas así.

CATHERINE: Es que no sé qué quieres que haga.

EDDIE: Katie, se lo prometí a tu madre en su lecho de muerte. Soy responsable de ti. Tú eres una niña y estas cosas no las entiendes. Como... como cuando estabas ahora asomada a la ventana, diciendo adiós.

CATHERINE: ¡Estaba saludando a Louis!

EDDIE: Oye, te podría contar unas cosas de Louis que no le volverías a saludar nunca más.

CATHERINE (*tratando de cambiar de tema en broma*): Ay, Eddie, ¡ojalá hubiera un chico del que no me pudieras contar alguna cosa!

EDDIE: Mira, Catherine, hazme un favor, ¿quieres? Te estás haciendo una mujer y tienes que cuidarte más; niña, no puedes ser tan cariñosa. (*Gritando*): Eh, Bea, ¿qué andas haciendo ahí dentro? (*A Catherine*): Ve a buscarla, ¿quieres? Le he de dar una noticia.

CATHERINE (*camino de la cocina, sorprendida*): ¿Qué noticia?

EDDIE: Sus primos. Ya han llegado.

CATHERINE (*juntando las manos*): ¡No! (*Da la vuelta en el acto y corre hacia la cocina.*) ¡Bea! ¡Tus primos!

(*Entra Beatrice secándose las manos con una toalla.*)

BEATRICE (*ante el grito de Catherine*): ¿Qué?

CATHERINE: ¡Han llegado tus primos!

BEATRICE (*sorprendida, se vuelve a Eddie*): ¿Qué estáis diciendo? ¿Dónde?

EDDIE: Hace un rato, estaba a punto de salir del trabajo, y viene Tony Bereli y me dice que el barco está en el North River.

BEATRICE (*ha cruzado las manos sobre el pecho; parece dominada en parte por el temor y en parte por una inefable alegría*): ¿Están bien?

EDDIE: Aún no los había visto, todavía están a bordo. Pero en cuanto desembarquen los irá a buscar. Calcula que a eso de las diez estarán aquí.

BEATRICE (*se sienta, casi debilitada por la tensión*): ¿Y les dejarán salir del barco sin problemas? Eso está arreglado, ¿eh?

EDDIE: Claro, les darán los papeles como si fueran marineros normales y saldrán con la tripulación. No te preocupes, Bea, que no va a pasar nada. En un par de horas los tienes aquí.

BEATRICE: ¿Y cómo ha sido? No llegaban hasta el jueves que viene.

EDDIE: No lo sé; los meten en el primer barco que pueden. A lo mejor el barco que tenían que coger era más peligroso. ¿Por qué lloras?

BEATRICE (*atónita y asustada*): Es..., yo es que..., ¡no me lo puedo creer! Ni siquiera he comprado un mantel nuevo; iba a limpiar las paredes...

EDDIE: Oye, al lado de como viven ellos esto les va a parecer la casa de un millonario. Deja estar las paredes. Agradecidos van a estar. (*A Catherine*): ¿Por qué no te llegas en un salto a comprar un mantel? Anda, ve. Toma. (*Se mete la mano en el bolsillo.*)

CATHERINE: A estas horas están cerradas las tiendas.

EDDIE (*a Beatrice*): Ibas a poner una funda nueva en la silla.

BEATRICE: Ya lo sé..., bueno, yo contaba que sería la semana que viene. Iba a limpiar las paredes, iba a encerar el suelo. (*Se queda quieta, contrariada.*)

CATHERINE (*señalando al techo*): A lo mejor la señora Dondero de arriba...

BEATRICE (*se refiere al mantel*): No, el suyo es peor que este. (*De golpe*): ¡Dios mío, ni siquiera tengo nada que darles de comer! (*Sale corriendo hacia la cocina.*)

EDDIE (*adelantándose y reteniéndola por el brazo*): ¡Eh!, ¡eh!, ¡tranquila!

BEATRICE: No, es que estoy un poco nerviosa. (*A Catherine*): Voy a hacer el pescado.

EDDIE: Oye, les estás salvando la vida, ¿qué te preocupas del mantel? Probablemente donde vienen no han visto un mantel en su vida.

BEATRICE (*mirándole fijamente a los ojos*): Estoy preocupada por ti. Por eso estoy preocupada.

EDDIE: Escucha, con tal que sepan dónde van a dormir...

BEATRICE: Ya se lo decía en las cartas. Tendrán que dormir en el suelo.

EDDIE: Beatrice, lo que a mí me preocupa es que tienes tan buen corazón que yo acabaré durmiendo en el suelo contigo y ellos en nuestra cama.

BEATRICE: Está bien, calla ya.

EDDIE: Porque lo que es tú, en cuanto ves a un pariente cansado, al suelo me voy.

BEATRICE: Hala, ¿cuándo te ha tocado dormir en el suelo?

EDDIE: Cuando se quemó la casa de tu padre, ¿no acabé en el suelo?

BEATRICE: Hombre, ¡es que se les quemó la casa!

EDDIE: ¡Sí, joder, pero no estuvo ardiendo quince días!

BEATRICE: Está bien, mira, les diré que se vayan a otro sitio. *(Va hacia la cocina.)*

EDDIE: Espera un segundo. ¡Beatrice! *(Ella se detiene. Él va hacia ella.)* Yo, es que no quiero que te hagan ir de aquí para allá. Solo es eso. Eres demasiado buena. *(Le coge la mano.)* ¿Por qué estás tan picajosa?

BEATRICE: Tengo miedo de que si las cosas no salen bien te enfades conmigo.

EDDIE: Oye, si todo el mundo cierra la boquita, aquí no puede pasar nada. Y pagarán el alojamiento.

BEATRICE: Ah, sí, sí. Ya se lo dije.

EDDIE: Entonces, ¿qué coño? *(Pausa. Se aleja.)* Es un honor, Bea, de verdad te lo digo. Mira, hace un momento, cuando venía para aquí, venía yo pensando: imagínate que mi padre no hubiera venido a este país, y que yo estuviera allí, muriéndome de hambre, como esos... y que alguien en América me pidiera mantener un par de meses. Para esta persona sería un honor dejarme un sitio para dormir.

BEATRICE *(tiene lágrimas en los ojos. Se vuelve a Catherine):* ¿Pero tú ves cómo es? *(Se vuelve y coge la cara de Eddie entre las manos.)* ¡Mmm! ¡Eres un ángel! Que Dios te bendiga. *(Él sonríe agradecido.)* Ya verás, ya verás como Dios te lo premiará.

EDDIE *(riendo):* Con mi cama ya me conformo.

BEATRICE: Anda, niña, pon la mesa.

CATHERINE: Aún no le hemos dicho lo mío.

BEATRICE: Que coma primero y se lo decimos luego. Tráelo todo. *(Hace salir deprisa a Catherine.)*

EDDIE: ¿Eh, ¿qué habláis? ¿Qué pasa?

BEATRICE: Nada de particular. Buenas noticias, Eddie. Quiero que seas feliz.

EDDIE: Sí, pero ¿qué coño pasa?

(Entra Catherine con platos, tenedores.)

BEATRICE: Que ha encontrado trabajo.

(Pausa. Eddie mira a Catherine, luego a Beatrice.)

EDDIE: ¿Qué trabajo? Si aún no ha acabado los estudios...

BEATRICE: Eddie, no te lo vas a creer...

EDDIE: No..., no, tú a acabar los estudios. ¿Qué clase de trabajo?, ¿a qué viene esto? De repente te...

BEATRICE: Escucha un segundo, que es algo fenomenal.

EDDIE: No es fenomenal. Si no acabas los estudios no llegarás a ninguna parte. No puedes ponerte a trabajar. ¿Por qué no me has consultado antes de aceptar ese empleo?

BEATRICE: Te lo pregunta ahora. Y aún no ha aceptado nada.

CATHERINE: ¡Escucha un momento! Esta mañana estaba en la escuela y el director me ha hecho salir de la clase, ¿vale? Que vaya a su despacho...

EDDIE: ¿Y?

CATHERINE: Y voy y me dice que ha estado viendo mi expediente, ¿vale?, y que hay una empresa que necesita una chica, ya. No exactamente una secretaria, vale; al principio, una mecanógrafa, pero enseguida te hacen secretaria. Y dice que soy la mejor estudiante de toda la clase...

BEATRICE: ¿Qué te parece?

EDDIE: Bueno, ¿y por qué no? Por supuesto que es la mejor.

CATHERINE: Que soy la mejor estudiante, dice, y que si quiero, que coja el trabajo y que al final del curso me dejará examinar y me dará el certificado. ¡Así que me ahorraré prácticamente un año!

EDDIE (*extrañamente nervioso*): ¿Y dónde es este trabajo? ¿En qué empresa?

CATHERINE: En una grande, de instalaciones, en Nostrand Avenue.

EDDIE: ¿Nostrand Avenue y qué?

CATHERINE: Pues por ahí, cerca de los astilleros.

BEATRICE: Cincuenta dólares a la semana, Eddie.

EDDIE (*a Catherine, sorprendido*): ¿Cincuenta?

CATHERINE: Te lo juro.

(*Pausa.*)

EDDIE: ¿Y con todo lo que dejas de aprender ese año, qué pasa?

CATHERINE: No hay nada más que aprender, Eddie, a partir de ahora solo he de hacer prácticas. Ya me sé todos los signos y ya me conozco el teclado. Solo he de coger velocidad y nada más. Y conforme trabaje iré mejorando, y mejorando, ¿entiendes?

BEATRICE: El trabajo es la mejor práctica.

EDDIE: Pero eso no es lo que yo quería.

CATHERINE: ¿Por qué? Es una empresa grande, importante...

EDDIE: No me gusta ese vecindario.

CATHERINE: Dice que queda a una manzana y media del metro.

EDDIE: Cerca de los astilleros pueden pasar muchas cosas en una manzana y media. ¡Y una empresa de instalaciones, joder! Casi es lo mismo que los muelles. Son prácticamente estibadores.

BEATRICE: Sí, pero ella estará en las oficinas, Eddie.

EDDIE: Ya sé que estará en las oficinas. Pero no es esto lo que yo tenía en la cabeza.

BEATRICE: Oye, tarde o temprano tiene que ir a trabajar.

EDDIE: Escucha, Bea, ¿va a estar con un montón de fontaneros?, ¿y con la calle llena de marineros? ¿Entonces para qué coño ha ido a la escuela?

BEATRICE: Pero son cincuenta dólares a la semana, Eddie.

EDDIE: Oye, ¿te he pedido yo dinero? Os he mantenido hasta el día de hoy, y te mantendré un poco más. Anda, hazme este favor, ¿quieres? Yo quiero que estés con otra clase de gente. Quiero que estés en una oficina bien. Quizás un bufete de abogado, en Nueva York, en uno de esos edificios... Quiero decir, si has de salir de aquí, sal; pero no para ir a un barrio que es lo mismo.

(Pausa. Catherine baja la mirada.)

BEATRICE: Anda, niña, trae la cena. *(Catherine sale.)* Piénsalo un poco, Eddie. Haz el favor. Está loca por empezar a trabajar. No es un tienducho, es una gran empresa. Algún día llegará a secretaria. La han escogido entre toda la clase. *(Eddie permanece callado, mirando fijamente el mantel y recorriendo con los dedos el estampado.)* ¿De qué tienes miedo? Se sabe cuidar sola. Saldrá del metro y se plantará en la oficina en dos minutos.

EDDIE (un poco hastiado): Conozco esa zona, Bea. No me gusta.

BEATRICE: Escucha, si en este barrio no le ha pasado nada, no le va a pasar nada en ningún otro sitio. *(Le vuelve la cara de él hacia ella.)* Mira, más vale que te vayas acostumbrando, ya no es una niña. Dile que lo coja. *(Eddie aparta la cara.)* ¿Me oyes? *(Se está irritando.)* No te entiendo; tiene diecisiete años, ¿piensas tenerla metida en casa toda la vida?

EDDIE *(ofendido)*: ¿A qué viene este comentario?

BEATRICE *(con afecto, pero cada vez con más fuerza)*: Bueno, es que yo no veo el final. Primero iba a ser cuando acabara el colegio, así que acabó el colegio. Luego, cuando aprendiera mecanografía, así que aprendió mecanografía. Y ahora, ¿a qué estamos esperando? En serio, Eddie, a veces no te entiendo; la han seleccionado entre toda la clase, para ella es un honor.

(Catherine entra con la comida, que va poniendo en la mesa en silencio. Después de mirarla un rato, Eddie sonrío, pero casi parece que las lágrimas acuden a sus ojos.)

EDDIE: Con este pelo pareces una madona, ¿lo sabías? Tienes el mismo aire que una madona. *(Ella no lo mira, y sigue sirviendo comida en los platos.)* Quieres empezar a trabajar, ¿eh, madona?

CATHERINE *(en un susurro)*: Sí.

EDDIE *(con el sentimiento de su niñez y del paso de los años)*: Está bien, está bien, ve a trabajar. *(Ella lo mira, luego se abalanza y le abraza.)* ¡Hey, Hey! ¡Tranquila! *(Le coge la cara y la aparta*

para mirarla bien.) ¿Por qué lloras? (Él también está afectado, pero aleja la emoción con una sonrisa.)

CATHERINE (*sentándose en su sitio*): Es que... (*con vehemencia*): ¡Con el primer sueldo voy a comprar una vajilla nueva! (*Todos se ríen con cariño.*) Lo digo en serio. ¡Voy a reformar toda la casa! ¡Compraré una alfombra!

EDDIE: Sí, y entonces te largarás.

CATHERINE: ¡No, Eddie!

EDDIE (*sonriendo*): ¿Por qué no? ¡Si es la vida! Primero nos vendrás a ver los domingos, luego, una vez al mes, y al final, por Navidad y Año Nuevo.

CATHERINE (*cogiéndole el brazo para tranquilizarle y borrar su acusación*): No, por favor.

EDDIE (*sonriente, pero dolido*): Solo te pido una cosa... que no te fíes de nadie. Tu tía es buena, pero tiene un corazón demasiado grande, te ha enseñado mal. Créeme.

BEATRICE: Tú sigue siendo como eres, Katie, no le hagas caso.

EDDIE (*a Beatrice, de pronto extrañamente rencoroso*): ¿Y tú qué sabes? Te has pasado la vida metida en casa. No has trabajado nunca.

BEATRICE: Le caen bien las personas, ¿qué tiene eso de malo?

EDDIE: Pues que muchas personas no son personas. A trabajar, dice que va... ¡Fontaneros! Se la comerán a bocados si se descuida. (*A Catherine*): Créeme, Katie, cuanto menos te fíes, menos te habrás de arrepentir.

(Eddie se santigua y las mujeres hacen lo mismo, y los tres comienzan a comer.)

CATHERINE: Lo primero que compraré será una alfombra, ¿eh, Bea?

BEATRICE: No me parece mal. (*A Eddie*): He estado oliendo a café todo el día. ¿Estáis descargando café?

EDDIE: Sí, un barco de Brasil.

CATHERINE: Yo también lo he olido. Se olía por todo el barrio.

EDDIE: Hay veces que ser estibador es una gozada, de veras. Podría trabajar en un barco de café el día entero, mañana, tarde y noche. Bajas a la bodega, ¿eh?, y es como si oliera a flores. Mañana afanaremos un saco, ya te traeré un poco.

BEATRICE: Tú asegúrate de que no haya arañas. Lo digo en serio. (*Habla en dirección a Catherine, levantando los ojos.*) Una vez traje un saco y aún me acuerdo de la araña que salió. De poco me muero.

EDDIE: ¿A eso le llamas tú una araña? Tendrías que ver lo que sale a veces de los racimos de plátanos.

BEATRICE: ¡No me lo cuentes!

EDDIE: He visto arañas que podrían parar un Buick.

BEATRICE (*tapándose las orejas con las manos*): ¡Está bien, cállate!